

vincias occidentales y era el verdadero hombre para aprovecharse de las circunstancias favorables, con prevision y sagacidad, con el fin de consolidar su usurpada dominacion. Un historiador árabe le pinta de este modo: «Moawiya era reflexivo, astuto y generoso cuando le convenia hacerse amigos, á la par que muy económico en todo lo que se referia á su propia persona. Se le ha oido decir: «No me valgo de mi espada cuando alcanza mi látigo, y no me valgo del látigo cuando alcanza mi lengua; y si otro hombre y yo estamos unidos nada mas que por un delgado hilo, no consiento que se rompa.» Preguntado cómo entendia esto último, repuso: «Si el otro tira, aflojo yo, y si él afloja, yo tiro.» Si oía decir que alguien se habia manifestado desafecto á su persona, ó le reducía al silencio por medio de dádivas ó le tendía un lazo convidándole á la guerra y dándole el mando de la vanguardia; en general, el rasgo culminante de su modo de proceder era el engaño y la astucia.» No menos característico es otro dicho que se le ha atribuido. Cierta dia le dijo su camarada en tantas empresas, Amr Ibn El-Así: «No puedo sacar en claro si eres cobarde ó valiente. Si te veo avanzar, me digo: Quiere la lucha; pero luego retrocedes, y me digo: Piensa en la fuga.» Moawiya contestó: «¡Vive Dios! no avanzo jamás si no considero provechoso avanzar, y no retrocedo si no creo conveniente retroceder; como dice el poeta, valiente cuando lo permite la ocasion, pero cobarde cuando la victoria no me sonríe.» Es lástima que no podamos contemplar claramente la imagen de este hombre notable mas que bajo este solo aspecto; el otro, en que el historiador abasida nos lo presenta como un malvado, artero y sin conciencia, que no retrocede ante ningun medio, teniendo siempre á mano el veneno y el puñal cuando encuentra contradicción, debe ser considerado, cuando menos, como una exagerada caricatura. Tal vez sea cierto que mandara envenenar á Malik, y acaso tambien no le sea atribuida sin razon la repentina muerte de Abderrahman, que le sirvió de mucho; pero en otros casos es visible la carencia de fundamento de análogas inculpaciones, y la especie de que su médico cristiano tenia siempre preparada una verdadera botica de venenos para los enemigos del califa, es, de seguro, ridículamente exagerada. Debió de ser un político frio, que para el logro de un fin reconocido necesario no se arredra fácilmente ante los medios, pero completamente enemigo de obrar á impulsos de los años, y mas aun de inútil crueldad. Lo que sabemos de él nos recuerda de manera muy notable á Richelieu, especialmente porque reunia á la cualidad de astuto diplomático la de un eminente hombre de Estado.

En el Occidente del imperio las cosas estaban de modo diferente que en el Irak: los antagonismos irreconciliables habian tomado cuerpo entre los antiguos creyentes de Medina y la corte mundana de Damasco. Hombres como Hussein, hijo de Alí, Abdallah, hijo de Sobeir, y, en general, todos aquellos que por pertenecer á las familias del Profeta, de los califas legítimos ó de los anteriores pretendientes, se creían con derechos al trono, no pudieron renunciar jamás á la esperanza de destruir con la ayuda de los piadosos de Medina la usurpacion de la soberanía por los antiguos enemigos del Profeta; y los mismos piadosos, bajo la influencia de estos personajes importantes, se fortalecian cada dia mas en su antiguo antagonismo hacia el partido de los aristócratas de la Meca. El gobierno, pues, no tenia nada que esperar de los de Medina, y por lo mismo Moawiya no hizo esfuerzo alguno para ganarlos: con gran mortificación de ellos envióles como lugarteniente á Merwan Ibn El-Hakam, á quien los regicidas habian dejado por muerto en otro tiempo pero que habia vuelto en sí despues, y salido de la Meca

para tomar parte en la «batalla del camello,» con objeto de perjudicar á Alí. Despues habia abandonado, como era natural, á los ortodoxos, que á la sazón presenciaron su entrada á la cabeza de gran número de individuos y partidarios de las familias omniadas, y ejercía su mando en la forma odiada todavia desde los tiempos de Othman. Pero lo que mas deseaba Moawiya era debilitar la influencia de los piadosos «auxiliares» en la comunidad musulmática y trasladarla, si era posible, á la casa Omaiia. Ya hemos expuesto anteriormente que hasta los mas mundanos de los mundanos no podían pensar siquiera en la posibilidad de hacer abandonar á los árabes el Islam. Ciertamente era muy poco lo que los hombres del pueblo en la Siria entendían de las cosas de la fe: en el Irak se decia de ellos posteriormente que hasta los mas ilustrados habian considerado á Alí como un capitán de bandoleros que habia prosperado con la guerra civil, y que dirigian sus oraciones á Mahoma en vez de dirigirlas á Allah; pero aun cuando fuera así, los sirios se reputaban musulmes tambien, y estaba evidentemente en el interés del gobierno sacar partido del sentimiento religioso donde quiera que se encontrara. Por eso Moawiya, no solo cumplía él mismo los deberes religiosos que le concernian como califa sino que aprovechaba todas las ocasiones para mostrar su respeto á todo lo sagrado, y así, por ejemplo, dedicó á la Ka'aba preciosos cortinajes de seda y compró luego esclavos para su servicio; hasta en el año 50 (670) intentó trasladar el púlpito del Profeta de la mezquita de Medina á la de Damasco, para hacer de su residencia á los ojos de los creyentes el centro religioso del Islam. Con todo, no se atrevió en definitiva á realizar este designio, segun pretenden los piadosos porque le hicieron desistir señales milagrosas del desagrado divino; y asimismo, sus sucesores Abdelmelik y Walid, que tuvieron el mismo propósito, se apartaron de él finalmente, porque no pudieron desconocer que descansando como descansaba la religion en el respeto ilimitado á todo lo dicho y hecho por el Profeta, toda alteracion arbitraria de la mezquita edificada por él mismo seria, por lo tanto, censurada infaliblemente como un atentado abominable contra todo lo sagrado y excelso, y mas perjudicial que provechosa.

Pero si no se pudo llevar á cabo el designio de hacer tambien capital espiritual la mundana del imperio, no por eso dejaron de acostumbrarse las masas, excepto las de Medina, en el transcurso de los años, á ver cada dia mas en el califa omniada al jefe de la comunidad creyente. No nacieron las dificultades para el gobierno de la falta de adhesión,—ya á principios de la guerra civil se mostraron los sirios dispuestos á hacerse matar por su sagaz y generoso emir,—sino de las antiguas costumbres del paganismo árabe, que no se habia logrado todavia desarraigar completamente, de la fuerza del entusiasmo religioso, y sobre todo del particularismo y de los mútuos celos y aun enemistad de las tribus, así como de la venganza de la sangre, con tanta severidad reprimida por Mahoma. El antagonismo mas peligroso era el existente entre las tribus de origen ma'addita (árabe del Norte) (1) y las del Yemen (árabe del Sur), las cuales ya desde las grandes emigraciones, antes de Mahoma, se habian establecido unas tras otras por casi toda la península arábica, y que desde siglos se perseguían mútuamente con odio mortal. En Siria estaban en mayoría los del Yemen, que pertenecían en su mayor parte al gran grupo de tribus de los Koda'a, entre los cuales figuraban en primera línea los Benu Kelb. Los ma'additas, que eran tambien bastante numerosos, pertene-

(1) *Ma'add* es el tronco comun del que se derivan casi todos los árabes ismaelitas, mientras que los del Yemen, que habitaban primitivamente en la Arabia meridional, reconocen como el suyo á Kahtan, el Yoktan del Antiguo Testamento.

cia á los Keis de Ailan, las grandes tribus beduinas de la Arabia central; en los Kelb y los Keis estaba, pues, personificado el antagonismo de ambos partidos, como en los güelfos y gibelinos. Moawiya sabia muy bien neutralizarlos mútuamente por la discreta distribucion de sus favores, manteniendo siempre equilibrada la balanza entre ellos, y sortear sus rivalidades; de modo que solo una vez, cuando se trató de fijar la sucesión, segun diremos mas adelante, tuvo verdaderas dificultades con ellos. Necesitó, sin embargo, de toda su habilidad y desapasionamiento para dominar sus malas disposiciones. En general, conocia perfectamente la manera de tratar á los hombres; aunque se refiere que él tambien, imitando el proceder de su «hermano» Siyad, empezó á introducir poco á poco batidores, guardia personal y soldados de policía, no por eso estuvo jamás vedado al libre árabe dirigirse con entera libertad al jefe de los creyentes, quien tambien sabia defender su dignidad ante una grosería «mas bien con la lengua que con el látigo,» y como listo y astuto hijo de la Meca, raras veces tenia que titubear para dar merecida contestacion. Sin embargo, no consentía que la osadía de los beduinos degenerara en insubordinacion ó perturbacion del orden público. Poseemos la historia de una enemistad entre dos pequeñas tribus, Amir y Rakasch, pertenecientes ambas á los Koda'a del Yemen y emparentadas muy de cerca, las cuales á pesar de esto estaban en abierta hostilidad á causa de una malhadada apuesta; al principio, Siyada, de los Rakasch, y Hodba, de los Amir, se motejaron mútuamente con epigramas, hasta que por último llegaron á las manos y Hodba mató á Siyada. Los parientes llevaron el asunto ante Sa'id Ibn El-Así, que habia sustituido á Merwan como lugarteniente de Medina y que puso presos á dos parientes de Hodba, haciéndoles responsables por toda la familia. Para libertar á sus deudos, presentóse el mismo asesino, y Sa'id le envió al califa con la relacion de lo ocurrido. Hodba era un buen poeta, é improvisó en verso toda la historia ante Moawiya, logrando interesar en su favor á éste, que como todo árabe era amigo y conocedor de la poesia y hacia versos de cuando en cuando. Pero no por eso fué abuelto Hodba; Moawiya le devolvió al lugarteniente, con la orden de mantenerlo preso hasta que el hijo menor del asesinado Siyada fuera mayor de edad y pudiera decidir si queria ver vengada la sangre de su padre con la muerte del asesino ó contentarse con la indemnizacion en dinero. Mas si el califa habia imaginado salvar al hombre por este medio, se engañó: cuando el jóven hubo llegado, cinco ó seis años despues, á la mayor edad, exigió la ejecucion de Hodba, é insistió en ella á pesar de que las personas mas importantes de Medina, figurando en primera línea los hijos de Omar y de Alí, se ofrecieron á decuplicar el precio de la sangre, habiendo conquistado todos los corazones la honradez y el talento del preso. Cuando le iban á llevar al lugar del suplicio encomendó su alma á Dios con estas palabras (1): «¡Oh Señor sobre el trono, yo soy un muslim y me acojo á tí—por temor del fuego (2), yo rico en dolor, un pobre.—Me era odiosa la injusticia mientras ella no me alcanzó,—pero hecho tenaz por la injusticia, la cólera me encendió.—Pero yo, por mas que digan el soberano y su comitiva—y la multitud de ricos y pobres que rodean las puertas,—yo sé: que la orden es orden tuya; cuando tú castigas,—tú eres el señor, y si te apiadas, tú eres el misericordioso...»

En el camino del suplicio dijo:

«Yo no era alborotador cuando me sonreía la fortuna,—y no era medroso cuando me abandonaba.—Yo no deseaba

(1) Véase Rükert: *Hamasa*, I, pág. 174, donde se refiere toda la historia con los mas completos detalles.

(2) Infierno.

el mal del país donde el mal me perseguía;—pero yo me precipitaba valientemente cuando se trataba de arrostrarlo — El me excitó á la lucha, mi amigo, hasta que le maté;—¡donde te excite á la lucha un hijo de tu tío, lucha!»

La extraña mezcla de fe consoladora, de la sencilla y grande idea de la abnegacion islamita con la inextinguible tenacidad antigua del árabe, tiene algo de conmovedora; pero demuestra al propio tiempo cuán fuertemente se perpetuaban los sentimientos de independencia individual y de la susceptible altivez, precisamente entre lo mejor del pueblo. Es una prueba del extraordinario arte de gobierno de Moawiya que lograra sofocar estos sentimientos; difícilmente habria conseguido otro gobernante menos capaz, impedir que hombres tan tenaces chocasen entre sí.

Moawiya habia dedicado tambien sus cuidados á los diversos ramos de la administracion. El mismo trabajaba mucho y de buen grado, y se ocupaba en disponer mejoras en



Moneda de plata, dirhem, del califa Moawiya, segun tipo persa.

Anverso: Busto del Cosroes II Sasanida exactamente imitado; detrás de la cabeza, dos palabras que todavia no han sido descifradas con precision y que suelen encontrarse en las monedas posteriores de los sasanidas. Delante de la cabeza: «Moawiya, príncipe de los creyentes» (en persa). En el borde, en letra árabe: «En nombre de Allah.»
Reverso: El altar del fuego entre dos sacerdotes. A la izquierda «cuarenta y tres»; á la derecha «Da,» principio de un nombre de ciudad.

todas partes. En su despreocupacion religiosa no tenia reparo en colocar en los cargos mas elevados á los cristianos familiarizados con las condiciones del país. Esforzóse en separar la acuñacion de la moneda de la servil imitacion de modelos extraños y mandó fabricar monedas de oro y plata con cuños propios. Es sumamente característico del árabe, especialmente desconfiado en materia de dinero, que se negara al principio á aceptar las nuevas monedas «porque no llevaban ninguna cruz.» Por repulsivo que fuera en otra forma á los musulmes el símbolo de la religion cristiana, luego que pareció ser garantía de buen peso en la acuñacion bizantina, fué bien recibido en todas partes. Moawiya trató con especial esmero los asuntos de la hacienda. Aunque precisamente los contribuyentes no fueron oprimidos bajo su gobierno, aprovechaba toda ocasion para hacer dinero. Cuando cierto dia (junio de 659=39) los obispos de los jacobitas y de los maronitas le sometieron sus divergencias en asuntos de su propia fe, dejó á los locos fanáticos,—que en verdad se hubieran debido avergonzar de poner en ridiculo con sus disputas teológicas al cristianismo ante el emir musulmico,—que discutieran tranquilamente hasta que se dieron por satisfechos y parecieron vencidos los jacobitas. Entonces amonestó á éstos para que en lo futuro se mantuvieran en paz, exigiéndoles, además, que pagaran anualmente veinte mil dinares de oro al Erario, como indemnizacion de la proteccion que continuaria dispensándoles contra nuevas pretensiones de los maronitas, á pesar de la derrota que acababan de sufrir.

La sólida concentracion de todas las fuerzas del Islam en manos de Moawiya permitió muy pronto desencadenarlas en gran parte hacia el exterior. Tan luego como se sintió

bastante fuerte, denunció el armisticio pactado con los bizantinos y empezó entonces una serie casi no interrumpida de expediciones de guerra y merodeo que duró más de veinte años y que asoló del modo más terrible la desdichada Asia Menor. A lo menos una vez, y generalmente dos veces al año, se derramaban las huestes de los árabes más allá de las fronteras, avanzaban cuanto podían, tomaban ciudades y saqueaban el país. Naturalmente los griegos se defendían y por varias que fueran las alternativas de la lucha y por más que los árabes llegaran repetidas veces hasta la proximidad de Constantinopla, no lograron, sin embargo, someter definitivamente la península. Allí no eran los bizantinos, como en otro tiempo en la Siria y en el Egipto, señores tolerados a la fuerza por una población de origen distinto: era el antiguo territorio griego en el que penetraban los semitas como salteadores semi-bárbaros, y que empleaba todas sus fuerzas para librarse de ellos. Así debieron los árabes abandonar en definitiva, al cabo de corto tiempo, todas las conquistas hechas allí, y si consiguieron algunas victorias, mucho botín y gran número de prisioneros, sufrieron también muchas sensibles derrotas, y muy especialmente ante los muros de Constantinopla fueron constantes sus descalabros.

Es muy difícil poner en claro los detalles de esta guerra. Los relatos árabes son de brevedad verdaderamente lacónica; alternaban demasiado los descalabros con los triunfos y eran estos ante todo demasiado pasajeros para que se debiera hablar mucho de ellos. De los bizantinos solo han llegado hasta nosotros datos muy escasos y además contradictorios sobre aquellos tiempos, y raras veces se pueden hacer concordar con los árabes. Lo que en realidad parece seguro es que hubo dos grandes campañas en los años 43 hasta 45 (663-665). La una fué iniciada por Busr Ibn Artá, que invadió el Asia Menor en el año 43 (663), invernó allí y prosiguió en el verano del año 44 (664) hasta las cercanías de Constantinopla. A éste siguió en el otoño Abderrahman, hijo de Jalid el conquistador de la Siria, que como su padre era sub-lugarteniente en Hims (Emesa) y que desde allí había pasado muchas veces la frontera bizantina. Esta vez lo hizo con fuerzas considerables, y logró, en verdad, atravesando la península al Norte del Tauro, tomar las fortalezas de Amorium y de Pessinns y aun llegar hasta Calcedonia, frente a Constantinopla. Con ayuda de la escuadra de que disponía entonces Busr, fué ocupada también Esmirna; pero debió de cambiar la situación en el año 45 (665), pues vemos a los árabes en retirada y a Abderrahman otra vez en Emesa, en 46 (666), donde murió poco después de repente, según se dice, envenenado por instigación de Moawiya, que empezó a recelar de la influencia en toda la Siria del Norte del brillante general, a quien idolatraban sus hombres. Sin embargo, su muerte no significa el abandono de la empresa por él iniciada. Pocos años después (1) se pone en marcha de nuevo un gran ejército árabe, destinado esta vez a atacar a la misma Constantinopla. El desgobierno de Constante II había inspirado a Sapor, oficial de origen persa que servía en el ejército bizantino, la idea de destronarlo por medio de un alzamiento militar y apoderarse de la soberanía. Para asegurar el éxito de su plan, no tuvo reparo en dirigirse al enemigo nacional, y, como era de suponer, Moawiya se manifestó muy dispuesto a aprovechar tan favorable ocasión. El ejército emprendió la marcha desde la Armenia occiden-

(1) La fijación de la fecha tropieza aquí con dificultades; la más probable es el año 48 ó 49 (668 ó 669), siendo asimismo muy inseguros los demás detalles. La versión bizantina así de esta como de las expediciones siguientes, se hallará en la *Historia de los bizantinos*, de Hertzberg, y en la *Historia Universal*, de Ranke, V. I, págs. 173 y siguientes.

tal, que desde hacía poco tiempo era devastada por algaras dirigidas por Fadala Ibn Obeid. Después de pasada Amorium, que fué tomada otra vez, dirigióse Fadala a Calcedonia, donde debió de convencerse de la insuficiencia de sus fuerzas, siendo necesario enviar en pos de él otro ejército más poderoso. De nombre iba éste a las órdenes de Yezid, hijo de Moawiya, en cuyo favor tiempo hacía que el califa trataba de asegurar la sucesión, y a quien proporcionaba esta ocasión de ganar popularidad por medio de triunfos militares. Para evitar que cometiese alguna grave falta, le acompañaba en calidad de Mentor el experimentado Sofyan Ibn Auf. Mas en el ínterin, había cambiado por completo la situación en Constantinopla. Sapor había muerto, antes precisamente de la lucha decisiva, de resultas de una caída de caballo y Constante II había sido asesinado poco después (15 julio 668=48). Su hijo y sucesor Constantino IV, por sobrenombre Pogonato, era hombre de muy distinta clase: a pesar de la rebelión del populacho de la capital, supo rechazar a los árabes, que mandados por Yezid y auxiliados por la escuadra habían logrado trasladarse a la orilla europea y empezado el cerco de la ciudad. Los relatos árabes, después de algunas cortas alusiones a los que se distinguieron delante de los muros de Constantinopla, no dicen sino secamente: «Después regresó Yezid con el ejército.» Se callan que, indudablemente contrariado por el mal resultado de esta expedición, Moawiya hizo poco después los más poderosos esfuerzos para conseguir la conquista de Constantinopla, limitándose a observar brevemente que en el año 54 (674) se ganó una isla junto a Constantinopla (se refieren a la península de Kyzikos en el mar de Mármara) y que fué ocupada, «según se dice,» durante siete años; y al lado de esto aparece anualmente la noticia estereotipada de «campaña contra los romaicos.» En estas circunstancias, debemos dar crédito a la relación de los escritores bizantinos, según la cual los árabes, después de la ocupación de Kyzikos durante siete años consecutivos (2), se presentaban cada verano delante de la ciudad, retirándose con igual regularidad sin éxito. Impedíanles continuar el cerco durante todo el año el para ellos inusitado rigor del invierno y la inseguridad del mar en esta estación. Se estrellaban constantemente contra las sólidas obras de fortificación y contra el terrible efecto del fuego griego, precisamente inventado por aquella época y empleado desde luego en la defensa de la capital, fuego tanto más terrible para estos enemigos cuanto que sus propios medios de ataque poca mella hacían en los muros de la ciudad. Hacia fines del califato de Moawiya tuvieron que abandonarse definitivamente las expediciones contra Constantinopla; según refieren los griegos, tanto la escuadra como el ejército de tierra quedaron destruidos al emprender la retirada, aquella a causa de una tormenta a la altura de la costa de Panfilia y éste en la misma península por las armas de los bizantinos que lo perseguían. Pero no quedó reducida a esto la catástrofe: según parece prosiguió su victoria el emperador Constantino haciendo desembarcar tropas griegas en la Siria y que se rebelaran contra los árabes algunos distritos de la costa fenicia, especialmente el Líbano, cuya población montañesa conserva aun hoy día un espíritu de independencia fuertemente desarrollado. Como en los historiadores árabes no encontramos ni una sola línea acerca de esta peligrosa diversion, no nos es posible comprobar la exactitud de esos datos; pero que no todo es pura invención en ellos se desprende sencillamente de que en los años inmediatos posteriores a la muerte de Moawiya, no hacen

(2) Según algunos 672-678 (52-59), pero según otros, 669-675 (49-56), lo que parece más probable, si bien no concuerda en manera alguna con los datos árabes. Véanse Hertzberg y Ranke.

los árabes mencionan alguna de los bizantinos, y esto no se puede explicar sino por medio del ajuste de una paz formal entre estos y los árabes, para consentir en la cual solo una derrota ante los muros de Constantinopla pudo obligar a Moawiya, pues los armenios ya se le habían sometido de buen grado aun antes de la muerte de Alí (39=658), influidos por los reschtemios, amigos constantes de los árabes, ya que el emperador Constante II ni quería ni podía presentarse de nuevo en aquel apartado teatro de la guerra. No se nos dice tampoco que los bizantinos habían penetrado en la Siria del Norte por los pasos del Tauro; debió, pues, de existir un motivo especial para que el califa se manifestara en actitud pacífica, y encontramos este motivo muy naturalmente en la rebelión de los mardaítas (1), rebeldes sirios precisamente que desde el principio hubieron de causar grave impresión en Damasco. Como es natural, no había un verdadero peligro para la dominación musulmánica en la Siria, pero los días de Moawiya tocaban a su término, el porvenir de su dinastía era dudoso y exigía todos sus cuidados; así, debió decidirse, como 20 años antes durante la lucha con Alí, a ajustar una paz con el emperador (678=58-59) (?), según los bizantinos de 30 años, y, como era costumbre en tales casos, a cambio del pago de un tributo de cuya importancia verdadera no tenía para qué cuidarse el sagaz omniada.

Mejor fueron las cosas en Africa, si bien solo mientras vivió Moawiya. En tanto que el viejo Amr fué lugarteniente del Egipto, nada se hizo en verdad para la propagación del Islam, pero después de su muerte (45=665) vemos a otro Moawiya, hijo de Hodeidsch, en marcha hacia el Occidente. No parece, por cierto, que consiguiera tampoco éxito más duradero que el nuevo saqueo del país al Oeste de la pequeña Sirte: en ningún caso llegó hasta Cartago, que entonces estaba otra vez en firme posesión de los bizantinos, pero hizo a la sazón una tentativa para fundar al Sur de la ciudad, no muy distante de ella, un kairowan (2), esto es, un campamento atrincherado a la manera de las colonias militares de Basora y Kufa. Pero este, en todo caso, debió de ser abandonado, aunque desde el año 47 (667), cuando fué nombrado lugarteniente del Egipto Máslama Ibn Mohallad, no pasó ninguno sin que se hiciera una correría más allá de Trípoli. Al nombre del koreischita Okba Ibn Nafi van unidos estos hechos de armas, y por cierto que la tradición ha tejido una guirnalda de leyendas en torno de ellos que en gran parte oscurece los hechos reales (3). Solo se ve con claridad que las expediciones de Okba se dirigieron en primer lugar a los oasis de la tierra del Fezan, ya antes en parte recorridos y que a la sazón fueron castigados más radicalmente; que hizo tributarios los habitantes hasta Scharma (4) y Gadames, y que luego penetró en la parte meridional de lo que hoy es Túnez, conquistó las poblaciones principales y, por último, mandó establecer otra vez un kairowan, en el año 50 (670), en la vecindad del intentado por Moawiya (5), el cual muy pronto

(1) Así llaman los bizantinos a los rebeldes, tal vez derivando el epíteto de una palabra árabe que significa «revoltosos.» Se ha confundido a estos con los maronitas, pero a lo que parece sin razón, a pesar de que la escena de su alzamiento fué la misma.

(2) Esta palabra debe estar relacionada con la pérsica Karwan (de donde procede la nuestra *caravana*) y significa propiamente el grueso de un ejército ó un conjunto de viajeros, y también el lugar donde éstos acampan.

(3) Véase la cuidadosa é inteligente investigación de W. Roth: *Okba Ibn Nafi el-Fihri*. Gotinga, 1859.

(4) El Garama de los antiguos, aun hoy Scharma, al O.N. de Murzuk.

(5) Con este motivo se relata el milagro de que todos los reptiles y fieras que habitaban el valle, húmedo y de espesa vegetación, se marcharon con sus crías, obedeciendo inmediatamente la orden que para ello les dió Okba en nombre de Allah.

comenzó a desarrollarse en una gran ciudad. En el año 55 (675) fué destituido Okba de su cargo, que Máslama se proponía conceder a uno de sus favoritos. El conquistador de Africa, tratado ignominiosamente por su sucesor, que hasta llegó a tenerle preso durante algún tiempo, dirigióse a la corte de Moawiya en demanda de satisfacción por el menosprecio con que habían sido mirados sus merecimientos. Moawiya prometió reponerle, pero pensando principalmente en las campañas griegas y, por lo mismo, poco dispuesto a nuevas empresas en la región africana, fué aplazando el cumplimiento de su promesa, y solo su sucesor Yezid volvió a enviar al valiente general, en el año 62 (682), a Africa, la cual fué al propio tiempo separada del gobierno supremo del lugarteniente de Egipto y elevada a provincia independiente. Todo lo demás de la tradición se convierte en leyenda. Es aun verosímil, hasta cierto punto, que Okba se hubiese apoderado de los distritos fronterizos que constituyen hoy la Argelia oriental derrotando a un ejército compuesto de griegos y berberiscos; tampoco se puede negar la posibilidad de que los árabes empezaran ya entonces a extender sus correrías hacia el Occidente y hacia el Sur. Pero como por otra parte el final de estas luchas cae seguramente todavía en el año 63 (682), debe relegarse al dominio de la fábula el avance de Okba, que refieren los historiadores árabes, hasta el territorio de Tánger y hasta el Océano Atlántico, cuya fábula se esfuerza en atribuir también al héroe y mártir glorificado, al menos en parte, los hechos de sus sucesores. Desgraciadamente, pierde con esto su valor histórico una narración muy pintoresca: cuando Okba, así se refiere, habiendo dejado atrás a Tánger, llegó con sus jinetes al Océano Atlántico, que ponía una barrera a su avance, metió su caballo dentro del mar hasta que el agua le llegó al cuello, y exclamó: «¡Oh Dios! te tomo por testigo de que aquí no hay paso, ¡si hubiera uno, seguramente que pasaría al otro lado!» En su regreso de tan distante expedición dicese que fué traidoramente sorprendido y asesinado por algunos berberiscos errantes; pero lo más probable es que sucumbiera con su muy pequeño ejército (6) en los territorios recién conquistados al Oeste de Keirowan, a manos de las huestes de los sublevados y de los bizantinos de Cartago (63=683). Con él sucumbió la dominación árabe en el Africa del Norte: Keirowan fué conquistado por los berberiscos, sacudiendo también Trípoli y el Fezan el yugo musulmánico, y mientras duró la segunda guerra civil, que en el ínterin había estallado, fué de nuevo Barka el límite extremo occidental del imperio de los califas.

Más brillantes fueron los triunfos que lograron las armas musulmánicas en el Oriente en tiempo de Moawiya, tan pronto como el enérgico gobierno de Siyad en Basora y luego en Kufa hizo posible emplear en el exterior las fuerzas militares de las provincias persas. Ciertamente que esta vez tampoco se consiguió ventaja alguna contra los pueblos montañeses del Tabaristan: dos veces quedaron cortados los ejércitos árabes, después de haber conquistado parte del territorio, en los intransitables valles, con enemigos delante y detrás, que al propio tiempo arrojaban desde las alturas de ambos lados enormes peñas, y todos perecieron hasta el último hombre; de modo que a la postre los musulmanes hubieron de contentarse con guardar los pasos en la frontera y preservar las demás provincias de las incursiones de estos incómodos vecinos. Pero hacia el Este y hacia el Norte se hicieron importantes avances por los años 50-56 (670-676) en las tierras de los turcos, después de haber sido reconquistadas Merw, «la reina del mundo (7),» Balh y Herat, que debieron ser

(6) Parece que solo disponía de 5,000 hombres.

(7) *Schah-i-dschan*, sobrenombre persa de la antigua *Antiochia Margiana*.